

BERNARD CORNWELL

MUERTE DE REYES

Sajones, vikingos y normandos

Traducción de Gregorio Cantera



Cornwell, Bernard

Muerte de reyes / Bernard Cornwell. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2022.

512 p. ; 22,5 x 15 cm.

Traducción de: Gregorio Cantera.

ISBN 978-987-628-639-8

1. Narrativa Inglesa. 2. Guerras. 3. Historia de Europa.

I. Cantera, Gregorio, trad. II. Título.

CDD 823

Título original: *Death of kings*

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: junio de 2022

DEATH OF KINGS © Bernard Cornwell, 2011

© de la traducción Gregorio Cantera, 2011

© de la presente edición Edhasa, 2022

The Last Kingdom TV series and photography © 2015 – 2020 Carnival Film & Television Limited.
All Rights Reserved.

Córdoba 744 2° C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-987-628-639-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Oportunidades S.A.

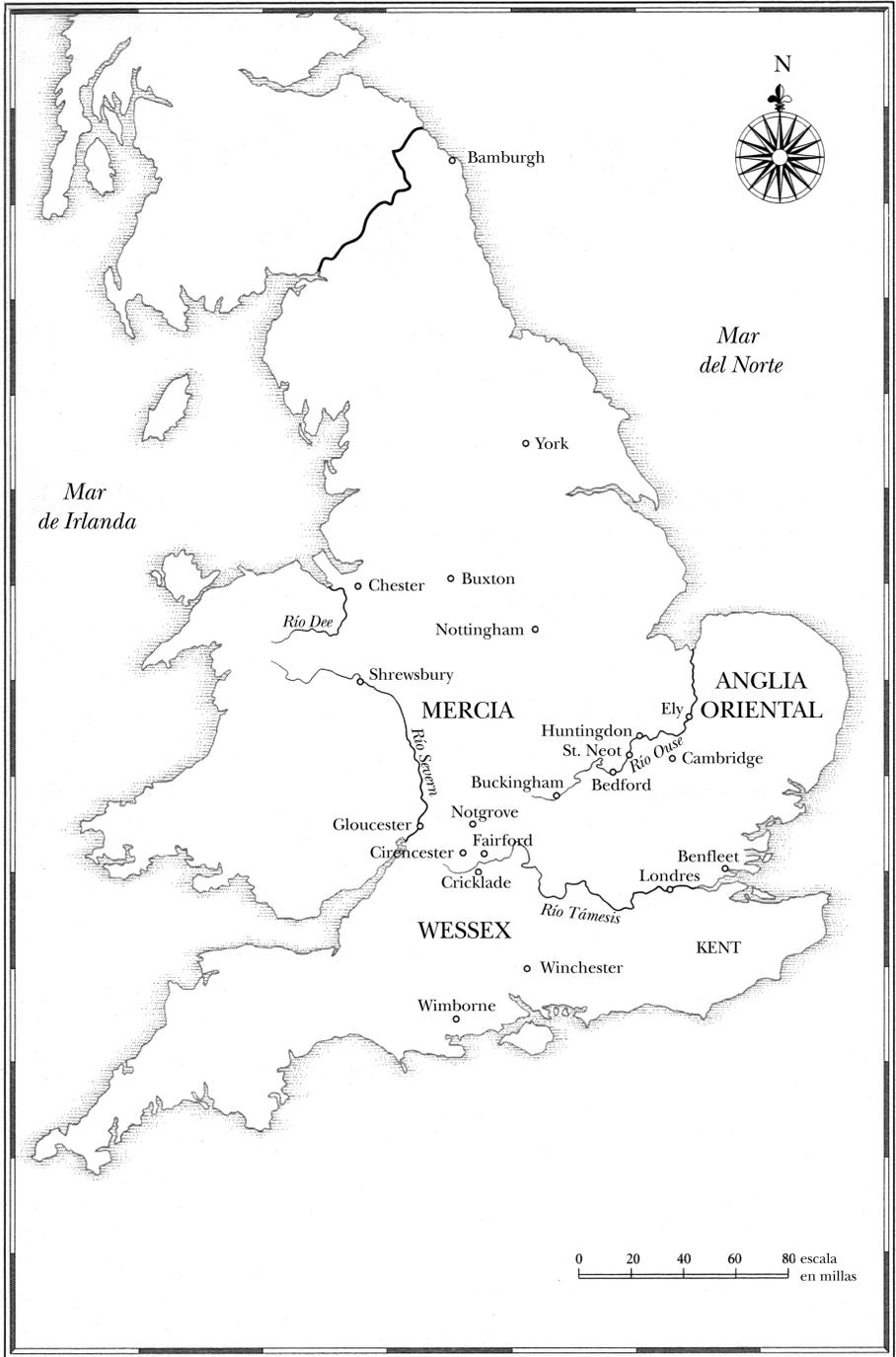
Impreso en Argentina

Esta edición de *Muerte de reyes*, de Bernard Cornwell, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., en mayo de 2022.

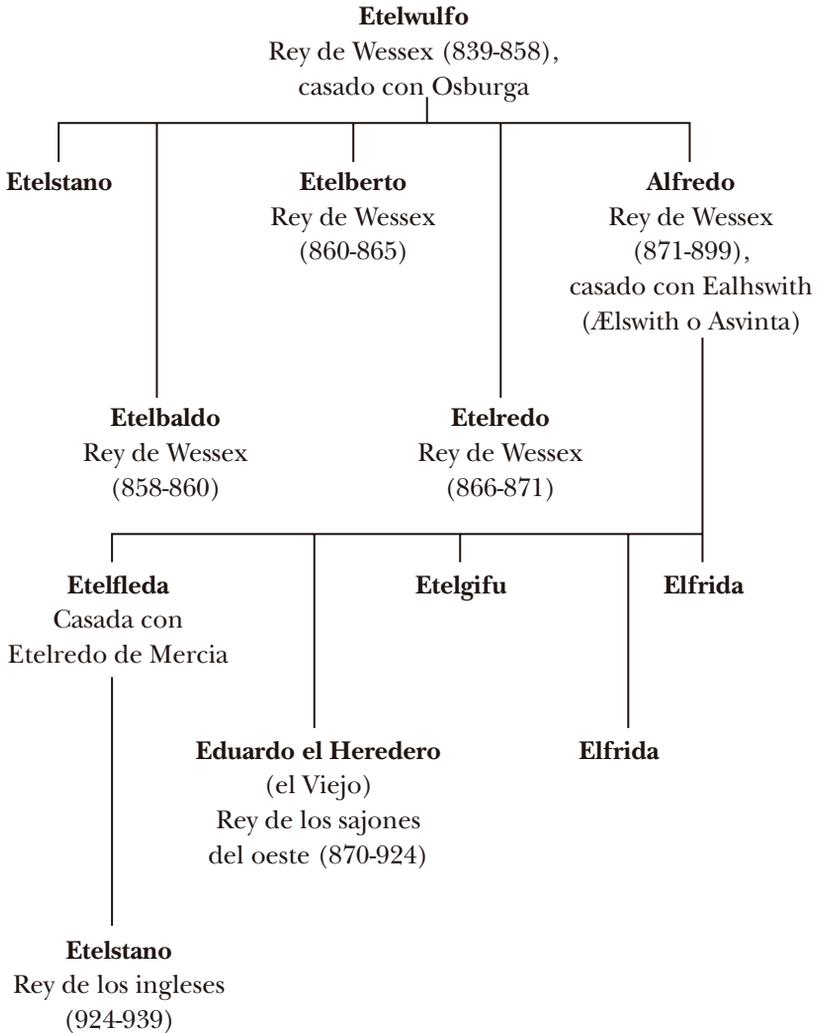
*Muerte de reyes está dedicada a Anne LeClaire,
novelista y amiga; suya es la primera línea de este relato.*

ÍNDICE

Mapa	11
Árbol genealógico.....	13
Topónimos.....	15
Primera parte:	
LA HECHICERA.....	19
Segunda parte:	
MUERTE DE UN REY	213
Tercera parte:	
ÁNGELES	317
Cuarta parte	
MUERTE EN INVIERNO.....	397
Nota histórica	501



FAMILIA REAL DE WESSEX



PRIMERA PARTE

La hechicera

CAPÍTULO I

–Nunca pasa nada –se despachó el padre Willibald, con una sonrisa, como si acabara de dar con algo que me llevase a salir de mi mutismo– hasta que pasa.

Al ver que no decía nada, apesadumbrado, volvió a la carga.

–Nunca pasa nada...

–¡Dejaos de monsergas! –rezongué.

–Hasta que pasa –concluyó, con un hilo de voz.

Me caía bien, y eso que era cura. Había sido uno de los tutores que, de niño, se hicieran cargo de mi educación y, para entonces, era un buen amigo, afable y animoso; si en verdad los mansos han de heredar la tierra, Willibald se llevará la palma.

En efecto, nunca pasa nada hasta que pasa, y aquella fría mañana de domingo se presentaba como tantas, hasta que a unos insensatos no se les ocurrió nada mejor que matarme. Hacía un frío espantoso. No había dejado de llover en toda la semana; aquella mañana, los charcos estaban helados y una respetable capa de escarcha cubría los campos de blanco. El padre Willibald se había dejado caer por allí al poco de amanecer y se había acercado hasta el prado.

–Anoche, no dimos con vuestras tierras –me dijo, temblando de frío, a modo de justificación por aquella visita a hora tan intempestiva–, así que hicimos un alto en el monasterio de San Rumboldo –añadió señalando un punto preciso hacia el sur–. Hacía mucho frío –añadió.

–¡Monjes, caterva de malnacidos! –fue mi respuesta; entre mis obligaciones se contaba la de llevar una carreta de leña al monasterio una vez por semana, pero había preferido no darme por enterado; por mí, bien podían procurarse la leña como todo el mundo–. Además, vamos a ver, ¿quién era el tal Rumboldo? –le pregunté; de sobra sabía lo que me iba a contestar, pero mi intención no era otra que ponerlo en un aprieto.

–Un niño muy piadoso, mi señor –me aclaró.

–¿Conque un niño?

–Un lactante –dijo, con resignación, al darse cuenta de adónde nos llevaba la conversación–, un recién nacido; murió a los tres días de venir al mundo.

–¿De modo que tres días de vida y ya es santo?

–Es lo que tienen los milagros, mi señor –replicó Willibald, intranquilo, frotándose las manos–, que ocurren. Se asegura que, siempre que mamaba, el pequeño Rumboldo entonaba cánticos de alabanza por las bondades que el Señor le dispensaba.

–Lo mismo que yo cada vez que palpo una teta –repu-se–. Mira que si soy santo...

El cura se estremeció, y trató de hablar de otra cosa.

–Os traigo un mensaje de parte del Heredero –dijo; se refería a Eduardo, el hijo mayor del rey Alfredo.

–¿A qué esperáis, pues?

–Ahora es el rey de Cent –dijo Willibald, sin ocultar su satisfacción.

–¿Y os ha pedido que emprendierais semejante caminata sólo para anunciármelo?

–No, no. Pensé que quizá no os habíais enterado.

–Hasta ahí podíamos llegar –Alfredo, rey de Wessex, había distinguido a su hijo mayor con el título de rey de Cent para que Eduardo se fuera acostumbrando al desem-

peño de las tareas regias sin causar grandes estragos, ya que no en vano Cent era, en definitiva, parte de Wessex—. ¿Ya ha esquilgado el reino?

—Por supuesto que no —repuso Willibald—, aunque... —y calló la boca.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —respondió, quitándole hierro al asunto y simulando un interés por mis ovejas que estaba lejos de sentir—. ¿Cuántas ovejas negras tenéis? —me preguntó.

—Sabéis que capaz soy de sujetaros por los tobillos y sacudiros boca abajo hasta que desembuchéis lo que tengáis que decir —le espeté.

—El caso es que Eduardo... —acertó a decir, pensando que más le valía explicarse antes de que mi amenaza se hiciese realidad—, bueno, que el chico tenía pensado casarse con una muchacha de Cent, decisión que a su padre no le pareció del todo acertada. Ya veis que se trata de un asunto de poca importancia.

Me eché a reír. Así que, al fin y al cabo, el joven Eduardo no era el heredero ideal.

—¿De modo que el muchacho se ha desmandado?

—No, no. Locuras de juventud. Agua pasada. Su padre ya se lo ha perdonado.

No pregunté nada más, aunque debería haber prestado mucha más atención a tales habladurías.

—¿Cuál es, pues, el mensaje del joven Eduardo? —insistí; estábamos en mitad del prado de la parte baja de mi propiedad de Buccingahamm, al este de Mercia. Tierras de Eteflada, en realidad, que ella me había cedido para mi uso y disfrute, una hacienda lo bastante grande como para mantener a una tropa de treinta guerreros, la mayoría de los cuales habían ido a la iglesia aquella mañana—. Y vos, ¿qué hacéis aquí que no estáis en la iglesia? —pregunté a Willibald, antes

de que respondiera a mi primera pregunta—. Hoy es día de precepto, ¿no es así?

—La festividad de san Alnoth —me aclaró, como si fuera un día de especial regocijo—. Tenía que veros —añadió, nervioso—. Os traigo un mensaje del rey Eduardo. Ya sabéis que nunca pasa nada...

—¡Hasta que pasa! —le interrumpí, sin contemplaciones.

—Así es, mi señor —replicó, compungido, al tiempo que me observaba con cara de extrañeza—. ¿Se puede saber qué hacéis?

—Mirar las ovejas —contesté, y así era; no hacía otra cosa que observar a unos doscientos animales, o más, que no me perdían de vista y balaban de forma lastimera.

Willibald se volvió de nuevo y se fijó en el rebaño.

—Magníficos ejemplares —comentó, como si fuera un entendido en la materia.

—Corderos y lana, nada más —contesté—; tengo que decidir cuáles voy a sacrificar y cuáles habrán de seguir con vida —estábamos en plena época de matanza, esos días grises en que hay que deshacerse de casi todos los animales que hemos engordado; mantenemos algunos con vida para que se apareen en primavera, pero tenemos que matar a la mayoría porque no hay forraje suficiente para alimentar a rebaños y hatos durante el invierno—. Reparad en los lomos —comenté a Willibald—: cuanto antes desaparece la escarcha del manto, más sanos están los animales. Ésos serán los que seguirán con vida —le levanté el gorro de lana que llevaba, y le revolví los cabellos, que empezaban a blanquear—. Ni pizca de escarcha —observé, en broma—; de no ser así, tendría que rebanaros el pescuezo. —Señalé a una oveja con un cuerno roto—. ¡Aparta ésa!

—Va, mi señor —gritó el pastor, un hombrecillo enjuto, con una barba que le tapaba la mitad de la cara. Tras dar

una voz a los dos podencos que lo acompañaban para que no se movieran de donde estaban, se adentró en el rebaño y, sirviéndose del cayado, se hizo con el animal; a rastras, lo llevó hasta las lindes del prado, y le arreó un palo para que se uniese al pequeño ható que iba reuniendo en uno de los extremos del pastizal. Uno de los perros, un animal flacuchito y lleno de mataduras, trató de mordisquearle las pezuñas, hasta que el pastor lo llamó a su lado. A la hora de decidir qué animales había que matar y cuáles habrían de seguir con vida, ni falta que le hacían mis recomendaciones. Desde niño, se había pasado la vida cribando rebaños, pero un amo que ordena el sacrificio de sus animales les debe la pequeña deferencia de dedicarles un poco de su tiempo.

–La hora del juicio final –musitó Willibald, calándose el gorro de lana hasta las orejas.

–¿Cuántas tenemos ya? –pregunté al pastor.

–Una veintena de cabezas y otras cinco, mi señor –respondió.

–¿Suficientes?

–¡De sobra!

–¡Mata a las otras! –añadí.

–¿Una veintena y cinco cabezas más? –se sorprendió Willibald, que no dejaba de temblar.

–O sea, veinticinco ovejas –le aclaré–. Una, dos, tres, cuatro, cinco cabezas, así cuentan los pastores. No me preguntéis cuál es la razón, porque no la sé. El mundo está lleno de misterios. Con deciros que tengo entendido que hay personas que creen que un pequeñín de tres días es santo...

–Nadie se burla de Dios, mi señor –recitó el padre Willibald, muy serio.

–Pero si está de mi parte –repuse–. A ver, ¿qué tripa se le ha roto al joven Eduardo?

–Se trata de un asunto que os interesará por demás

–comenzó a decir el cura, más animado, aunque calló al ver que alzaba una mano.

Los dos perros del pastor gruñían. Ambos estaban al acecho y no perdían de vista un bosque que quedaba al sur. Había comenzado a caer aguanieve. Me fijé en los árboles, pero no reparé en nada de particular, ni en las ramas ennegrecidas por el frío invernal ni entre los acebos.

–¿Lobos? –consulté al pastor.

–No he visto uno por estos parajes desde que el antiguo puente se vino abajo, mi señor –me contestó.

Los perros tenían erizado el pelo del pescuezo. El pastor chasqueó la lengua para sosegarlos; luego, emitió un silbido breve y penetrante, y uno de ellos echó a correr hacia el bosque. El otro se quedó gimoteando, como si quisiera seguir los pasos de su compañero; el pastor emitió un ruido sordo y el animal dejó de gemir.

El perro que se había lanzado a la carrera fue derecho a los árboles. Era una perra, y bien adiestrada que estaba. Sorteó una zanja helada y desapareció en el acebal; de repente, se oyó un ladrido, y la perra, dando un salto, volvió a cruzar la zanja. Se detuvo un segundo, sin perder de vista los árboles, y echó a correr otra vez en el preciso instante en que, de la espesura, salía una flecha. El pastor silbó de nuevo con fuerza y la perra corrió hacia donde estábamos; el proyectil no la alcanzó.

–Proscritos –supuse.

–O cazadores de ciervos –apuntó el pastor.

–Ciervos de mi propiedad –le recordé, sin perder de vista la arboleda.

¡Qué raro que unos cazadores furtivos trataran de flechar al perro de un pastor! A no ser que fueran tontos de remate, más cuenta les habría tenido salir corriendo de aquellas tierras.

En alas de un gélido viento del este, la nevisca arreciaba. Con una buena capa de piel encima, botas altas y un gorro de piel de zorro, no sentía el frío. A pesar de la capa y el gorro de lana, sin embargo, con aquella sotana negra, el cura no dejaba de temblar.

—Os acercaré al caserío —le dije—. A vuestros años, no deberíais salir de bajo techado en invierno.

—No pensaba que fuera a llover —contestó, con voz apagada.

—A mediodía, nevará —auguró el pastor, muy convencido.

—¿No dispondrás de una choza por aquí cerca? —me interesé.

—Justo detrás de esas breñas —dijo, señalando al norte, a una espesa arboleda a la que se llegaba por un sendero.

—¿Tienes lumbre?

—Sí, mi señor.

—Llévanos allí —le ordené; dejaría a Willibald al amor del fuego, y le procuraría una capa en condiciones y un caballo manso para llevarlo conmigo a la casona.

Nos dirigíamos, pues, al norte, cuando los perros comenzaron a gruñir de nuevo. Me volví para echar un vistazo y, de repente, aparecieron unos hombres en las lindes del bosque, una hilera de hombres de mala catadura que no nos quitaban los ojos de encima.

—¿Conoces a éstos? —pregunté al pastor.

—No son de por aquí, mi señor. Cuento diez cabezas y otras tres —añadió, dando a entender que eran trece—. Un número de mal agüero, señor —y se santiguó.

—¿Qué...? —empezó a decir el padre Willibald.

—Silencio —le conminé; los dos perros del pastor volvieron a gruñir—. Proscritos —aventuré, sin perderlos de vista.

—San Alnoth murió a manos de unos proscritos —recordó el cura, apurado.

–No todos los proscritos son maleantes –comenté–, pero éstos son tontos de remate.

–¿Tontos?

–Por venir a por nosotros –le aclaré–. Caeremos sobre ellos y los abriremos en canal.

–Si no nos matan antes –observó el cura.

–¡Vamos! –le apremié, empujándolo hacia la arboleda que quedaba al norte, al tiempo que echaba mano al pomo de la espada antes de ir tras él.

No era *Hálito-de-serpiente*, mi inseparable espada de combate, sino una más ligera y más corta, que había arrebatado a un danés con quien había acabado unos meses antes en Beamfleot. Era una buena espada, pero, en aquel momento, habría preferido llevar ceñida la mía. Volví la vista atrás. Los trece hombres cruzaban la zanja y se disponían a seguirnos. Dos llevaban arcos; los demás parecían ir provistos de hachas, machetes y lanzas. Casi sin resuello, Willibald andaba despacio.

–¿Quiénes son? –preguntó con voz entrecortada.

–¿Bandidos? ¿Salteadores? No lo sé, pero daos prisa –le urgí, al tiempo que lo empujaba hacia los árboles; saqué luego la espada de la vaina y me volví dispuesto a plantar cara a nuestros atacantes. Uno de ellos sacó una flecha de la aljaba que llevaba a la cintura. Aquel gesto bastó para convencerme de que más me valía seguir los pasos de Willibald y me adentré en las breñas. La flecha me pasó por encima y fue a estrellarse en la maleza. No llevaba cota de malla; sólo aquella gruesa capa de piel, poca cosa para protegerme de las flechas de un cazador–. ¡No os detengáis! –le grité al cura, mientras, renqueante, le seguía por el sendero; en la batalla de Ethandum, me habían herido en el muslo derecho y, aunque podía andar e incluso correr despacio, sabía que no podría alejarme de aquellos hombres, que venían pisándome

los talones y que ya me tenían a tiro de flecha. Corrí cuanto pude por el sendero, cuando una segunda flecha fue a chocar con una rama que, con gran estrépito, cayó al suelo entre los árboles. Nunca pasa nada, pensé, hasta que ocurre algo que lo trastorna todo. Agazapado entre los troncos oscuros y los acebos, sabía que mis perseguidores no me verían, pero debieron de imaginarse que iría tras los pasos de Willibald y enfilaron el sendero; me engurruñé en la maleza, ocultándome tras las lustrosas hojas de un acebo y sirviéndome de la capa para taparme la cara y mis cabellos rubios. Nuestros perseguidores pasaron de largo, sin percatarse de que yo andaba por allí. Los dos arqueros marchaban en cabeza.

Dejé que avanzaran un buen trecho, y los seguí. Los había oído hablar cuando pasaron a mi lado; supe entonces que eran sajones y, por su acento, probablemente de Mercia. Salteadores de caminos, pensé. No lejos de allí, entre bosques intrincados, discurría una calzada romana; en la espesura, se agazapaban cuadrillas de forajidos que desplumaban a los viajeros, quienes, para mejor protegerse, solían desplazarse en grupos numerosos. Hasta en dos ocasiones, mis hombres y yo habíamos organizado batidas por aquellos contornos para librarnos de ellos, y pensaba que los habíamos convencido de que fueran a hacer de las suyas a otras tierras, que no en las de mi propiedad, de modo que no sabía qué propósito guiaba a aquellos individuos. No parecían salteadores dispuestos a saquear una hacienda. Noté cómo se me erizaba el pelo a la altura de la nuca.

Con sigilo, me acerqué hasta la linde de la arboleda, y los vi al pie de la cabaña del pastor que, más que choza, parecía un almiar: unas ramas recubiertas de hierba, con un agujero en el centro para que saliera el humo de la lumbre. No había rastro del pastor, pero habían atrapado a Willibald; impresionados quizás al comprobar que era un cura, no le

habían tocado un pelo. Uno de los hombres lo sujetaba. Los otros debían de haber caído en la cuenta de que yo seguía en la arboleda, y no dejaban de escudriñar las breñas en donde estaba agazapado.

De repente, los dos perros del pastor aparecieron por mi izquierda y, aullando, echaron a correr hacia los trece hombres. Rápidos como el viento, los rodearon, atacándolos a veces y enseñándoles los dientes, antes de retroceder para intentarlo de nuevo. Aunque con bastante torpeza, sólo uno de ellos empuñaba una espada: la blandía delante de la perra cuando el animal se acercaba, pero siempre se quedaba a una brazada de distancia, sin alcanzarla. Uno de los dos arqueros puso una flecha en su arco y tensó la cuerda; de repente, cayó de espaldas, como fulminado por un martillo invisible. Se fue al suelo, mientras la flecha surcaba el aire y, errando el blanco, iba a caer entre los árboles que quedaban a mi espalda. Los perros, al acecho sobre las patas delanteras, enseñaban los dientes y gruñían. El arquero caído trató de levantarse, pero no fue capaz de ponerse en pie. Sus compinches parecían asustados.

El segundo arquero alzó la madera, pero retrocedió, dejó caer el arco y se llevó las manos a la cara; observé un fulgor bermellón, una sangre tan roja como las bayas de los acebos, un fugaz estallido de color en aquella mañana invernal que, al cabo, se desvaneció cuando, retorcido de dolor, el hombre se cubrió el rostro. Los perros ladraron y echaron a correr hacia los árboles. Por cómo zarandeaba las ramas desnudas, me di cuenta de que la nevisca arreciaba. Dos de los hombres se acercaron a la cabaña del pastor, pero se detuvieron al oír la voz de quien estaba al mando. Más joven que ellos, parecía más presentable, o no tenía tan malas pintas como los otros. Era un hombre de cara alargada, mirada penetrante, barba corta y rubia. Llevaba un jubón de cuero

bastante maltrecho, bajo el que llegué a atisbar una cota de malla. De modo que o era un guerrero o había robado la cota de malla.

—¡Lord Uhtred! —gritó.

No respondí. Aunque sabía que, si se ponían a buscar entre las breñas, tendría que salir de mi escondite, de momento, al menos, estaba a buen resguardo. Fuere cual fuere la explicación de aquella sangre, el caso es que se habían puesto nerviosos. ¿Cuál sería la causa? Cosa de los dioses, pensé para mí, o de aquel santo cristiano. Si a manos de proscritos había encontrado la muerte, Alnoth abominaría de los de su ralea y, para entonces, yo estaba convencido de que aquellos hombres lo eran: unos proscritos que habían recibido el encargo de acabar conmigo. Algo que no me extrañaba nada porque, en aquella época, no andaba corto de enemigos precisamente. Todavía los tengo, sin duda, aunque ahora vivo tras la más sólida empalizada defensiva que se alza al norte de Inglaterra, pero, en aquellos remotos días del año 898, Inglaterra no existía. Otros eran los reinos allí establecidos: Northumbria y Anglia Oriental, Mercia y Wessex; los dos primeros, en manos de daneses; Wessex era sajón; Mercia, un cajón de sastre donde había de todo, regido en parte por daneses, pero también por sajones. Como Mercia, también yo era una mezcla de ambos pueblos: nacido sajón, pero criado como danés, veneraba a los dioses daneses, aunque el destino me había condenado a servir como escudo protector de los cristianos sajones frente a la amenaza siempre presente de los paganos daneses. Muchos serían, pues, los invasores que preferirían verme muerto, pero no me cabía en la cabeza que ninguno de mis rivales daneses recurriese a unos proscritos de Mercia para acabar conmigo. En tal empresa, no les iban a la zaga otros tantos sajones, que habrían dado cualquier cosa por ver mi cadáver en un cajón alargado. Mi primo Etelredo, señor de Mercia, habría

pagado lo que fuera por verme bajo tierra; pero, en tal caso, lo más probable era que hubiera enviado a gentes de armas, no a salteadores. Con todo, era más que probable que fuera cosa suya. Casado con Eteflada, hija de Alfredo de Wessex, yo le había puesto los cuernos con su mujer, y supuse que los trece proscritos eran el mejor modo que se le había ocurrido de devolverme el favor.

—¡Lord Uhtred! —gritó de nuevo el joven; la única respuesta que obtuvo fue el inesperado balido de unas ovejas muertas de miedo.

Hostigados por los dos perros del pastor, que no dejaban de lanzarles dentelladas a las pezuñas para que trotasen más deprisa, los animales corrían presurosos por el sendero que cruzaba aquel paraje y llegaba hasta el lugar donde habían recalado los trece intrusos. Una vez que los llevaron donde querían, los perros, sin dejar de amenazarlos, los obligaron a formar un círculo compacto, donde quedaron encerrados los proscritos. Yo estaba muerto de risa. Porque yo, Uhtred de Bebbanburg, el hombre que había acabado con Ubba a orillas del mar, el mismo que había desbaratado el ejército de Haesten en Beamfleot, tenía que reconocer que, en aquella gélida mañana de domingo, no había mejor señor de la guerra que el pastor. Asustado, el rebaño acorraló a los proscritos, que apenas podían dar un paso. Los perros aullaban, las ovejas balaban, y los trece rufianes, sin saber cómo salir de aquélla.

Dejé atrás el bosque y grité:

—¿Me buscabais?

La primera intención del más joven fue dar un paso adelante, pero las ovejas se lo impidieron. La emprendió a patadas con los animales; luego, empezó a asestarles tajos con la espada pero, cuanto más las hostigaba, más se asustaban las ovejas y más empeño ponían los perros en cerrar el círculo. El joven profirió una maldición y atrajo a Willibald a su lado.

–O nos dejáis marchar o lo matamos –amenazó.

–Es un cristiano –contesté, al tiempo que le enseñaba el martillo de Thor que llevaba al cuello–. ¿No pensaréis que vaya a lamentar su muerte, verdad?

Willibald me miró horrorizado, antes de volverse al escuchar el lamento de otro de los hombres: de nuevo una mancha roja y brillante destacó en medio de la nevisca, pero, entonces, entendí el motivo. Ni los dioses ni el santo asesinado: el pastor, que acababa de salir de entre los árboles con una honda en las manos. Sacó una piedra del zurrón, la colocó en la bolsa de cuero que unía las dos tiras y volteó el artilugio de nuevo. Un siseo rasgó el aire, soltó uno de los extremos y otra piedra salió volando a acertarle a otro de los hombres.

Muertos de miedo, trataban de abandonar el lugar, de modo que le hice una seña al pastor para que los dejara irse. Un silbido a los perros, y hombres y ovejas salieron de allí tan pronto como pudieron. Los proscritos echaron a correr, todos menos el primero de los arqueros, que seguía atontado por la pedrada que se había llevado en la cabeza. Más valiente que sus acompañantes y pensando que los otros quizá le echarían una mano, el más joven se acercó a donde yo estaba, momento en el que descubrió que lo habían dejado solo. Un gesto de auténtico terror le cambió la cara cuando, al volverse, la perra se le echó encima, clavándole los dientes en el brazo con el que empuñaba la espada. El hombre empezó a gritar y trató de quitársela de encima, mientras el otro perro se abalanzaba sobre él para echar una mano a su compañera. Siguió gritando, hasta que le propiné un testarazo en la nuca con la hoja de mi espada puesta de plano.

–Ya puedes llamar a los perros a tu lado –grité al pastor.

Aunque un mechón de cabellos ensangrentados le cubría la oreja derecha, el primero de los arqueros aún seguía con vida. Le di una patada en las costillas y emitió un gemi-

do, pero no se daba cuenta de nada. Dejé el arco y la aljaba en manos del pastor, y le pregunté:

–¿Cómo te llamas?

–Egbert, mi señor.

–Pues ya eres un hacendado, Egbert –le dije.

Ojalá fuera verdad; le recompensaría con largueza por lo que había hecho aquella mañana, desde luego, pero no podía considerarme un hombre rico; había gastado cuanto tenía en procurarme los hombres, cotas de malla y armas que había necesitado para derrotar a Haesten; de modo que aquel invierno me encontraba en la más negra de las miserias.

Los otros proscritos habían huido hacia el norte. Willibald no dejaba de temblar.

–Iban a por vos, mi señor –logró articular, entrechocando los dientes–. Les habían pagado para acabar con vos.

Me incliné sobre el arquero. La pedrada del pastor le había abierto la cabeza; un trozo de hueso, destrozado y astillado, le sobresalía entre los cabellos ensangrentados. Uno de los perros del pastor se acercó a olisquear al herido; acaricié el pelo crespo y recio del animal.

–Buenos perros –comenté a Egbert.

–Adiestrados para acabar con los lobos, mi señor, aunque –añadió, volteando la honda de nuevo– esto es mucho más eficaz.

–Eres bueno con eso en las manos –añadí, lo que era como no decir nada porque, con una honda en las manos, el pastor era letal.

–He practicado un poco durante los últimos veinticinco años, mi señor. Nada mejor que una piedra para apartar al lobo de la presa.

–¿Decís que les habían pagado por acabar conmigo? –pregunté a Willibald.

–Eso fue lo que dijeron: que les habían pagado por mataros.

–Meteos en la cabaña y procurad entrar en calor –le aconsejé, antes de volverme al hombre joven, vigilado por el perro de mayor envergadura–: ¿Cómo os llamáis?

Dudó antes de abrir la boca y, si bien a regañadientes, dijo:

–Wærfurth, mi señor.

–¿Quién os pagó para que me matarais?

–No lo sé, señor.

Y ésa fue la impresión que me dio. Wærfurth y quienes iban con él procedían de Tofecestær, una aldea que no quedaba lejos de allí, hacia el norte. El joven me explicó que un hombre le había ofrecido pagarle mi peso en plata si acababa conmigo. Tras advertirle de que el mejor momento sería una mañana de domingo, cuando la mayoría de mis guerreros estuvieran en la iglesia, a Wærfurth no se le había ocurrido otra cosa que reclutar a una docena de muertos de hambre para cumplir el encargo. De sobra sabía que no iba a ser una empresa fácil porque, para entonces, yo ya gozaba de renombre, pero la recompensa le había nublado el juicio.

–¿Ese hombre era sajón o danés? –le pregunté.

–Sajón, mi señor.

–¿Y no sabéis quién es?

–No, mi señor.

Seguí haciéndole preguntas durante un buen rato, pero lo único que supo decirme fue que se trataba de un hombre delgado, calvo y tuerto, descripción que no me pareció de gran ayuda. ¿Un hombre, tuerto y calvo, por más señas? Podría ser casi cualquiera. Insistí hasta que comprendí que sus respuestas no habrían de llevarme a ningún sitio. Y los colgué a los dos, a él y al arquero.

Fue entonces cuando Willibald me puso al tanto del pez prodigioso.

Una nutrida embajada me esperaba en casa. Dieciséis hombres nada menos, todos llegados de Wintanceaster, capital del reino de Alfredo, entre los que se contaba la friolera de cinco curas. Aparte de Willibald, dos eran de Wessex; los otros dos, aunque nacidos en Mercia, se habían asentado en Anglia Oriental. Si bien no caí en la cuenta nada más verlos, eran viejos conocidos: los gemelos Ceolnoth y Ceolberht, quienes, unos treinta años atrás, habían compartido cautiverio conmigo en Mercia. De niños, los tres habíamos caído en manos de los daneses; una suerte, desde mi punto de vista; una auténtica calamidad, en opinión de los gemelos. Para entonces, debían de rondar los cuarenta años: dos curas idénticos, achaparrados los dos, de cara redonda y barbas que empezaban a agrisar.

–Hemos seguido vuestras hazañas –comenzó a hablar uno de ellos.

–No sin admiración –concluyó el otro. Como de niños, no era capaz de distinguirlos. Uno siempre acababa la frase que había iniciado el otro.

–Aunque no sin reparos –apuntó uno de ellos.

–Pero siempre con admiración –zanjó el otro.

–¿Reparos? –pregunté, en tono poco amistoso.

–Todo el mundo sabe que Alfredo está disgustado.

–Porque no abrazáis la verdadera fe, pero...

–Rezamos por vos todos los días.

Los otros dos curas, sajones del oeste, eran hombres de Alfredo. Le habían ayudado en la compilación de sus textos legales, y me dio la impresión de que sólo estaban allí para cerciorarse de que hacía lo que se esperaba de mí. Los once restantes eran hombres de armas: cinco, de Anglia Oriental; de Wessex, los otros seis; por lo visto, su cometido había sido proteger a los curas durante el viaje.

Y eran portadores del pez prodigioso.

–El rey Eohric... –dijo uno de los gemelos, Ceolnoth o Ceolberht.

–Desea establecer una alianza con Wessex –concluyó su doble.

–¡Y con Mercia!

–Los tres reinos cristianos, ¿os lo imagináis?

–Y el rey Alfredo y el rey Eduardo –resumió Willibald– han decidido enviar un presente al rey Eohric.

–¿Aún sigue con vida Alfredo? –me interesé.

–Así es, gracias a Dios –continuó Willibald–, aunque está enfermo.

–A las puertas de la muerte –aclaró uno de los dos curas sajones del oeste.

–Estado en el que se encuentra desde que nació –comenté–; desde que lo conozco, siempre ha estado moribundo. Así que le quedan aún diez años por delante.

–Dios os oiga –rogó Willibald, santiguándose–. Pero ya tiene cincuenta años y los achaques pesan. Se nos muere.

–Razón de más para que pretenda establecer tal alianza –añadió el cura sajón del oeste–; por eso, Eduardo, nuestro señor, tiene a bien encomendaros tamaña empresa.

–El rey Eduardo –corrigió el padre Willibald a su compañero de religión.

–Vamos a ver: ¿quién me hace el encargo –pregunté–, Alfredo de Wessex o Eduardo de Cent?

–Eduardo –afirmó Willibald.

–Eohric –aseguraron Ceolnoth y Ceolberht al unísono.

–Alfredo –apuntó el cura sajón.

–Los tres –concluyó Willibald–. Se trata de un asunto de gran importancia para todos ellos, mi señor.

De modo que Eduardo o Alfredo, o ambos, querían que fuera a ver a Eohric, rey de Anglia Oriental, un danés que se

había convertido al cristianismo y había enviado a los gemelos a presentarse ante Alfredo para proponerle que diera su beneplácito a una gran alianza entre los reinos cristianos de Britania.

–Ha sido idea del rey Eohric que fuerais vos quien negociase el tratado –aseguró uno de los dos gemelos, Ceolnoth o Ceolberht.

–Teniendo en cuenta nuestra opinión –se apresuró a añadir uno de los curas sajones del oeste.

–¿Por qué yo? –pregunté a los gemelos.

Willibald respondió por ellos.

–¿Quién conoce Mercia y Wessex mejor que vos?

–Infinidad de hombres –repliqué.

–Que no dudarán en seguir la senda que vos les indiquéis –zanjó Willibald.

Estábamos sentados a una mesa bien servida: cerveza, pan, queso, estofado y manzanas. En el hogar del centro de la estancia ardía una espléndida fogata que esparcía su incierto resplandor hasta las vigas ennegrecidas por el humo. No se había equivocado el pastor. La nevisca había dado paso a la nieve; los copos se colaban por el agujero abierto en el techo para que saliera el humo. Fuera, más allá de la empalizada, reclamo de pájaros voraces, los cadáveres de Wærfurth y el arquero pendían de la rama baja de un olmo. La mayoría de mis hombres estaban en el salón, y escuchaban la conversación que manteníamos.

–No es la mejor época del año para firmar alianzas –comenté.

–A Alfredo le queda poco tiempo, mi señor, y desea esta alianza por encima de todo –replicó Willibald–. Si todos los cristianos de Britania estuviesen unidos, más tranquilo se sentaría el joven Eduardo en el trono cuando le llegara la hora de ceñirse la corona.

No era mala idea, desde luego. Pero, ¿por qué habría propuesto Eohric semejante alianza? Hasta donde yo podía recordar, el rey de Anglia Oriental siempre había sabido navegar entre dos aguas: entre cristianos y paganos, entre daneses y sajones. ¿A cuento de qué, pues, pregonar a los cuatro vientos que estaba de parte de los sajones cristianos?

–Es por Cnut Ranulfson –me aclaró uno de los gemelos, cuando planteé la cuestión.

–Ha llevado hombres hacia el sur –añadió su hermano.

–Ya, a las tierras de Sigurd Thorrson –corroboré–. Lo sé, yo mismo informé a Alfredo de la situación. ¿Y Eohric teme que Cnut y Sigurd ataquen su reino?

–Así es –dijo uno de los dos gemelos, Ceolnoth o Ceolberht, aún no estoy seguro.

–No lo harán ahora –les aseguré–, aunque nada me extrañaría que en primavera...

Cnut y Sigurd eran daneses de Northumbria y, como el resto de su pueblo, sólo soñaban con apoderarse de todas las tierras donde se hablara inglés. Una y otra vez lo habían intentado los invasores, sin conseguirlo. En aquellos momentos, sin embargo, con Alfredo, corazón de Wessex, bastión inexpugnable de la cristiandad sajona, a las puertas de la muerte, otra embestida parecía inevitable. Su desaparición bastaría para atraer más espadas paganas, capaces de prender la chispa de la barbarie desde Mercia hasta Wessex.

–¿Qué sacarían en limpio Cnut y Sigurd, caso de atacar a Eohric? –pregunté–. Anglia Oriental les trae sin cuidado. Lo que quieren es apoderarse de Mercia y de Wessex.

–Quieren hacerse con todo –aseguró uno de los gemelos, Ceolnoth o Ceolberht.

–A menos que la defendamos, no quedará ni rastro de la verdadera fe en nuestras tierras –añadió el más anciano de los dos curas sajones del oeste.

–Por eso os pedimos que concluyáis tal alianza –intervino Willibald.

–Para Navidad, a más tardar –puntualizó uno de los gemelos.

–De ahí el regalo que Alfredo quiere hacer llegar a manos de Eohric –continuó Willibald, extasiado–. ¡Alfredo y Eduardo! ¡No hay largueza comparable en el mundo, mi señor!

El presente venía en un cofre de plata con incrustaciones de piedras preciosas. En la tapa, una imagen de Cristo con los brazos alzados, alrededor de la cual podía leerse «Eduardo *mec heht Gewyrcan*», es decir, que Eduardo había mandado fabricar aquel relicario o, más probablemente, que su padre había realizado el encargo y atribuido tal gesto a la generosidad de su hijo. Con unción, Willibald levantó la tapa del cofre, cuyo interior estaba revestido de tela roja. Dentro, en un pequeño almohadón, no más ancho que la palma de una mano y bien sujeto, el esqueleto de un pez, la raspa entera, sin cabeza, una larga y blanca espina dorsal, de la que salía una hilera apretada de costillas simétricas a cada lado.

–Aquí lo tenéis –susurró Willibald, como si alzando la voz fuera a turbar la tranquilidad de aquellas espinas.

–¿Un arenque muerto? –comenté, sin salir de mi asombro–. ¿Ése es el regalo de Alfredo?

Todos los curas presentes se santiguaron.

–¿Cuántas raspas necesitáis? –pregunté, al tiempo que dirigía una mirada de entendimiento a Finan, mi mejor amigo, el hombre que estaba al frente de mis guerreros–. Porque podemos contribuir con unas cuantas, ¿no es así?

–Barricas enteras, mi señor –confirmó Finan.

–¡Lord Uhtred! –me reconvino Willibald, como siempre solía hacer, por otra parte, mientras, con un dedo tembloroso, señalaba la raspa en cuestión–. Ése fue uno de los

dos peces que nuestro Señor multiplicó para dar de comer a una multitud de cinco mil personas.

–¡Pues sí que debió de ser grande el otro! –repliqué–. ¿Qué era, una ballena quizá?

El más anciano de los dos curas sajones del oeste torció el gesto.

–Mirad que aconsejé al rey Eduardo que no recurriera a vos en esta ocasión –dijo–, que mejor sería enviar a un cristiano.

–Por mí, ya podéis ir a buscarlo –le espeté–. Prefiero celebrar las fiestas de Yule sin moverme de donde estoy.

–El rey quiere que seáis vos –añadió el cura, cortante.

–Lo mismo que Alfredo –intervino Willibald, con una sonrisa–. Piensa que sólo vos podríais meter el miedo en el cuerpo a Eohric.

–¿Por qué habría de hacerlo? –pregunté–. ¿No habíamos quedado en que se trataba de establecer una alianza?

–El rey Eohric hace la vista gorda y consiente que sus barcos asalten nuestros navíos de comercio –informó el cura–; debe indemnizarnos antes de que nos avengamos a prestarle ayuda. El rey está seguro de que, gracias a vos, entrará en razón.

–O sea que no pensáis moveros de aquí durante los diez próximos días –dije, abatido, mirando a los curas–, y tendré que daros de comer hasta entonces.

–Así es, mi señor –dijo Willibald, encantado.

Jugarretas del destino. Había renegado del cristianismo; rendía culto a los dioses daneses, pero estaba enamorado de Etelfleda, hija de Alfredo. Como era cristiana, no me quedaba otra que poner mi espada al servicio de la cruz.

Me gustase o no, todo parecía indicar que iba a pasar el festival de Yule en Anglia Oriental.